

Despidiéndose de ellos, fué á comunicar á Hernan Cortés las noticias que habia adquirido, y al mismo tiempo la idea que habia cruzado por su imaginacion.

—Nada nos importa, les dijo, que esos infelices vayan á aumentar el número de nuestros adversarios. Pero que vean nuestra artillería, que vean nuestros caballos, y no dudeis que lo que cuenten á los indios les intimidará.

Hernan Cortés aprobó el pensamiento, y convocando inmediatamente á sus capitanes, les participó lo que pasaba.

## CAPITULO XXIX.

### Preparativos de los contendientes.



RA la víspera de la Anunciacion de Nuestra Señora. Reunidos en el adoratorio en torno de una hoguera, que para calentar sus entumecidos miembros habian mandado encender aquellos valientes, habló Cortés á sus capitanes, y no les ocultó ni uno solo de los detalles que le habia referido Jerónimo de Aguilar.

—Hemos llegado á un punto de nuestra expedicion, les dijo que es necesario resolver cuál es el partido que nos conviene tomar.

Ya sé que sois valientes.

¿Quién podria dudarle, aun cuando volviéramos á Santiago de Cuba sin haber conseguido nuestro objeto?

Pero el valor no basta cuando quinientos hombres tienen que luchar contra cuarenta mil.

Es cierto que hasta ahora hemos conseguido grandes victorias sobre nuestros adversarios.

Es cierto que no hay uno solo que no esté dispuesto á sacrificar su vida en aras de la gloria.

Yo, por mi parte, os aseguro que prefiero morir á volver la espalda al peligro.

Pero ya lo sabeis, nombrado por Velazquez para desempeñar esta expedicion, ántes de salir de la Habana me quitó el mando que me habia dado.

Si nos embarcamos, si hemos seguido el derrotero que nos

ha conducido hasta aquí, si yo os he dirigido en la lucha, ha sido porque me aclamasteis por vuestro jefe, porque desobedecisteis las órdenes del Gobernador de Cuba.

Yo me debo á vosotros, yo necesito vuestro consejo, vuestro beneplácito, para seguir adelante ó volver atrás.

En todas las empresas de guerra es necesario que haya un solo pensamiento, una sola voz, una sola direccion: así lo habeis comprendido, y me habeis investido con un cargo que me honra sobremanera, que me enorgullece, que me entusiasma.

Pero seria indigno de vuestra confianza, de vuestro amor, de vuestros sacrificios, si no escuchase vuestros consejos, si no doblegase mi voluntad á la vuestra, si no aceptase como mejores vuestras resoluciones, hijas todas del valor, de la lealtad, de la abnegacion, del heroismo.

Resolved, pues: ó volvemos á nuestras embarcaciones y regresamos á Santiago, ó jugamos el todo por el todo.

—Sí, sí, gritaron todos á una: luchemos hasta morir.

—Pensadlo bien, añadió Hernan Cortés; el ejército que nos aguarda es formidable, es casi segura nuestra derrota.

—Preferimos morir á retroceder, contestaron todos.

—En buen hora, no seré yo quien insista en volver atrás.

Pero es preciso que me otorgueis plenos poderes, ó nombreis otro que me reemplace.

Cualquiera que sea el que os guíe, necesita vuestra obediencia.

—Vos, vos, gritaron todos; vos debeis dirigirnos.

—En ese caso oid.

Es necesario no perder tiempo.

Llevad los heridos á los bajeles grandes.

Desembarcad los caballos y conducidlos á este sitio.

Traed tambien la artillería; que todo esté preparado para mañana.

—Mañana es la fiesta de la Anunciacion de Nuestra Señora. ¡Que ella nos proteja!

Este último recuerdo despertó en el corazon de aquellos católicos á toda prueba un heroismo sin límites.

Inmediatamente se pusieron en marcha Pedro de Alvarado y Diego de Ordaz para ejecutar las órdenes de su jefe.

Al romper el alba todo estaba dispuesto para emprender la marcha en busca de los enemigos.

Cortés dispuso que se dijera una misa en medio del campamento.

Uno de los misioneros la dijo, ayudado por el otro.

Todos los soldados rodearon el altar que se improvisó en medio de la gran plaza de Tabasco.

Miéntas estaban en aquella solemne ceremonia, Jerónimo de Aguilar fué á buscar á los del adoratorio, les hizo ver los caballos, que produjeron en ellos gran asombro, la artillería, y les dijo que de la boca de los cañones salian rayos y truenos.

Despues de mostrarles todas aquellas maravillas:

—Ved, les dijo, á los nuestros inspirándose en su Dios para ir á pelear contra vosotros. Ahora partid adonde se hallan vuestros hermanos; decidles lo que habeis visto, exhortarles á la paz.

Nosotros vamos en su busca muy pronto. Si nos atacan, pe-recerán á nuestras manos.

Los prisioneros se alejaron aterrizados.

Por atajos llegaron adonde estaba el grueso del ejército indio dispuesto ya al combate.

Sus palabras fueron escuchadas con desden.

Al ver su insistencia, dijo uno de los caciques:

—Estos son unos traidores y deben morir como tales.

Los infelices sucumbieron á manos de los indios, y colocadas sus cabezas en picas, se adelantaron con ellos los que las llevaban, creyendo de aquel modo aterrorizar más y más á los españoles.

Cóviene ántes de pasar adelante que demos una idea exacta

de la composición del ejército, de las armas que usaban aquellos hombres, de su organización militar.

Solo de esta manera podrá el lector formarse una idea aproximada de la formidable pelea que iba á tener lugar entre los habitantes de Tabasco y los conquistadores del Nuevo Mundo.

Todos los indios eran guerreros.

Al frente de cada tribu habia un cacique, que era, por decirlo así, el capitán de todos los hombres que habia aptos para luchar en su tribu.

Algunos de ellos usaban armas defensivas muy semejantes á las de los europeos.

Pero no las usaban mas que los capitanes ó jefes, y consistian en petos y rodela de tablas, en conchas de tortugas forradas con láminas de oro, y algunos, muy pocos, se pusieron colchados de algodón por consejo de Ibo-ibo, que habia visto cuán eficaces eran á los españoles.

En la cabeza llevaban los jefes una corona de plumas de colores, de gran elevación.

Los soldados iban casi desnudos.

Pero se pintaban el cuerpo con rayas y figuras horribles, en la persuasión de que solo su vista intimidaria á sus adversarios.

Cuanto más horribles, cuanto más repugnantes podian presentarse á los ojos de sus enemigos, más seguro tenian el triunfo.

Sus armas ofensivas consistian en flechas.

Sujetaban el arco con nervios de animales ó correas torcidas, y en la punta de sus flechas, á falta de hierro, colocaban afilados huesos y espinas de pescados.

Tenian tambien una especie de espada larga, que manejaban con las dos manos, hachas de madera con las puntas de peder-  
nal, y los más robustos llevaban mazas de un peso formidable.

Los jóvenes usaban tambien hondas con las que despedian á largas distancias grandes y puntiagudas piedras.

Divididos en escuadrones, cada uno de ellos llevaba al frente algunos músicos que tocaban flautas hechas con cañas gruesas, caracoles marítimos y una especie de tambores formados con huecos troncos de árboles.

Los discordes sonidos que producian estos instrumentos les entusiasmaban, y servian en los grandes combates para dar órdenes, como las cornetas de nuestros regimientos.

Los batallones eran numerosos, pero en extremo compactos.

Creian que cuanto más juntos estaban más difícil era derrotarlos.

No tenian vanguardia.

Al atacar, se lanzaban todos en masa sobre sus enemigos; pero dejaban á su espalda nuevos escuadrones de refuerzo para que auxiliasen á los primeros cuando se viesen perdidos.

En el momento de romper las hostilidades, prorumpian en desaforados gritos.

Este ha sido en todo tiempo el primitivo modo de pelear de los hombres.

No faltan historiadores que atribuyan el triunfo de Julio César sobre Pompeyo, á la agitación, á los gritos, al movimiento de los soldados del dictador, que contrastaba con el silencio sepulcral de las huestes del enemigo.

Tales eran los adversarios que iba á encontrar Hernan Cortés.

Hasta entónces, solo los habitantes de Tabasco habian defendido su ciudad con flechas, con espadas, con hondas y con mazas; pero sin concierto, porque no eran los más hábiles en el arte de la guerra.

Los consejos de Ibo-ibo, el concurso de los caciques de los países próximos, bastaron en breves horas á constituir un ejército inmenso, formidable.

Sedientos todos de venganza, ansiosos de destruir á los extranjeros, animados ante la vista de la sangre de los infelices

prisioneros que les habian propuesto la paz, con sus cabezas á guisa de trofeo, apartándose de los bosques y buscando un campo raso para dar la batalla, se pusieron en movimiento, y fueron decididos á buscar en su mismo cuartel á los españoles.

Hernan Cortés y los suyos no perdian tampoco el tiempo.

## CAPITULO XXX.

### La civilizacion y la barbarie.



ON ánimo sereno, con la seguridad que da la más completa resolución de morir ó vencer, se presentó Cortés á sus soldados y les animó con su ardiente palabra.

Aprovechándose de una eminencia, colocó á sus soldados delante de ella para que no pudieran ser atacados por retaguardia, y situó la artillería en paraje á propósito para que diezase al enemigo.

La infantería, á las órdenes de Ordaz, se dividió en tres grupos, mandados, el uno por Alvarado, el otro por Alonso Dávila, y el tercero por Juan de Escalante.

Hernan Cortés, con sus quince caballos se emboscó entre las malezas, para caer en un momento dado sobre los enemigos.

Los indios avanzaron con tal intrepidez, que parecian, más que hombres, un torrente desbordado.

Una lluvia de flechas cayó sobre los españoles.

Los arcabuces y las ballestas no bastaban á contener el empuje de los enemigos.

El arrojo fué tal de una parte y de otra, que llegaron á juntarse los dos ejércitos y á hacer más uso de las armas blancas que de las de fuego.

La artillería llevaba la muerte á las filas de los indios.

Como avanzaban tan compactos, una sola bala destruía centenares de hombres.

Con sus gritos atronaban el espacio.

Y tenían tal empeño en que no viesen los españoles los muertos que causaban sus certeros proyectiles, que se valían de mil medios para ocultar los cadáveres.

El denuedo de los españoles rayó en lo maravilloso.

Pero todo su empuje se estrechaba en el gran número de los combatientes.

El campo estaba sembrado de cadáveres.

Pero los indios se reemplazaban á cada instante, y luchaban con más ardor.

Diego de Ordaz empezó á temer.

Sus pérdidas eran escasas.

Los heridos continuaban luchando.

Ni uno solo se desmayaba.

Pero la densidad de la columna enemiga aumentaba por momentos, é iba á caer como una enorme masa sobre los españoles.

Un instante más, y hubieran perecido.

Hernan Cortés, que aguardaba aquel momento, saliendo de entre las malezas con los quince jinetes que tenía, dirigiéndose al grueso de la columna de los indios, hiriendo á muchos, produjo en ellos tal sorpresa, que casi decidió la batalla.

No habían visto caballos, y les parecían monstruos horrendos, capaces de destruir cada uno un ejército.

Al sentir el primer empuje de los jinetes, no sólo retrocedieron, sino que abandonaron sus armas para poder correr con más ligereza.

Diego de Ordaz se aprovechó de aquella turbación para caer de nuevo sobre sus adversarios, los obligó á ceder, y fué ganando el terreno que perdía.

Los enemigos se batían en retirada; pero eran más los que corrían que los que sostenían el combate.

Melchor, que había dirigido la batalla, saliendo de entre los que huían, les exhortó á volver de nuevo á la pelea.

Sus palabras reanimaron el abatido espíritu de los indios

Uniéronse de nuevo todos, y volvieron á hacer frente á los españoles.

Aquello fué un delirio.

Cortés, con sus jinetes y sus peones, rompió infinitas veces la columna enemiga.

Puso en fuga á los más esforzados.

Los caballos y los peones tropezaban á cada instante con los cadáveres que llenaban el suelo.

Hubo un momento en el que llegó Hernan Cortés con cuatro jinetes hasta el paraje donde estaba Melchor con algunos caciques, procurando evitar la fuga de los indios.

Al verle quiso huir el intérprete, pero no pudo.

Hernan Cortés le reconoció.

—¡Miserable! le dijo. Tú me has vendido.

Y llegó hasta acercar la punta de su espada al pecho de su intérprete.

Melchor cayó de rodillas.

—¡Perdon! ¡Perdon! exclamó.

Al verle en aquella actitud, huyeron los caciques.

—Huye también con ellos: no quiero ensangrentar mi espada en el pecho de un villano, dijo Hernan Cortés.

La batalla estaba ganada por los españoles.

¡Qué brillante triunfo de la civilización sobre la barbarie!

Los españoles cogieron más de doscientos prisioneros.

Los demás que quedaron con vida corrieron á refugiarse á sus provincias y á las montañas, dejando dueño de todo el territorio de Tabasco á Hernan Cortés.

Algunos historiadores de aquel tiempo dicen que los soldados, al contar la batalla, referían que Santiago peleó con ellos, y que á su intercesión debieron tan señalado triunfo.

La verdad es que la fe religiosa fué la que dió vigor á aquel brazo y la que obtuvo el triunfo.

Los caballos, á los que los indios miraron desde entonces con

horror, contribuyeron tambien no poco á la derrota de aquellos infelices.

Terminada la lucha, volvieron los españoles al cuartel, auxiliaron á los heridos y vieron con sorpresa que, á pesar de lo encarnizado del combate, no habian tenido una sola baja.

Miéntas se entregaban al descanso, tenia lugar una escena horrible en el campamento de los indios.

## CAPITULO XXXI.

### Expiación.



os indios que corrian, despues de haber sido vencidos, á refugiarse en las montañas, anunciaban á las mujeres y á los ancianos el triunfo que alcanzaban sobre ellos los españoles.

Melchor los animaba con sus palabras y con su ejemplo.

Pero en su mayor parte desoian su voz.

Cuando los caciques se retiraron, dejando en manos de Hernan Cortés á Ibo-ibo, ya hemos visto que el valiente caudillo perdonó la vida á su traidor intérprete.

Melchor corrió como los demas indios á refugiarse en la montaña, y refirió á Caoniana el triste resultado de aquella lid sangrienta.

Su llegada fué acogida con marcadas muestras de odio.

—Nos has engañado miserablemente, le dijeron todos.

—¿Yo?

—Sí, tú, que nos has hecho creer que las armas de los extranjeros no eran armas divinas, que nos has dicho que no tenían en su poder el rayo, que nos has ocultado que habia entre ellos mónstruos feroces que habian de caer sobre nosotros para sembrar la desolacion y la muerte en nuestras filas.

—Una fuerza superior los protege.

—No hay duda; esos hombres son hijos del cielo.

—Por tí hemos visto morir á nuestros hermanos.

—Que su sangre caiga sobre tu cabeza.